

pagaba entre los pueblos más lejanos. La destrucción de Samaria y la deportación de los Israelitas del Norte, la destrucción del templo de Jerusalén por los ejércitos babilónicos, su reconstrucción después a la vuelta de los Judíos, añadieron al sentimiento religioso de los fieles todo lo más conmovedor que el amor apasionado del suelo natal, todo lo que los sufrimientos y las alegrías sentidas en común, todo lo que el drama colectivo de la decadencia y de la renovación podía suscitar en los corazones.

Después de su destrucción, la pequeña Jerusalén, capital de un Estado muy humilde al lado de los grandes imperios, no hubiera seguramente resucitado entre sus escombros si no hubiera tenido, al lado del palacio real, el venerado templo de un Altísimo, centro religioso de toda la nación de los Judíos, que cristalizó una nueva forma de creencias alrededor del núcleo que el fervor nacional calificó de patria. La fe precisa con sus dogmas y sus ritos se fijaba hacia la misma época en torno de las antiguas leyendas arameas y babilónicas, cuya redacción constituye el *Pentateuco*. Antes del reinado de Josías, ningún profeta de Israel, ningún rey, ni David en sus *Salmos*, ni Salomón en su *Eclesiastés*, hacen la más mínima alusión a los «cinco libros» supuestos antiguos. Hasta el nombre de Moisés no es mencionado una sola vez; el gran legislador era tan desconocido como si no hubiera existido en el mundo, y surge la duda de si existió en una leyenda judaica antes de haber sido tomado a Egipto o a Babilonia ¹. Un mundo separa las dos edades.

El dios de los Judíos, que en un principio no tuvo otra misión que defender con rabia los confines de su estrecha patria, tomó un carácter más noble y extenso, se elevó más en el cielo y su dominio se extendió sobre la tierra. De este modo penetró más profundamente en los corazones, porque el pueblo judío no se compone ya de tribus conquistadoras; ya no extermina Moabitas, Edomitas, Amalecitas, sino que le toca ser exterminado; ya no invoca un dios «envidioso y cruel»; lo que ahora necesita es un consolador, un dios de la compasión y de la misericordia, que en la inmensa abyección del presente haga brillar un triunfante porvenir. Habiendo el dolor renovado la nación, renovó al mismo tiempo su dios.

¹ E. Reuss, *Histoire du Canon des Saintes Ecritures*.

Y no es esto todo. Es la desorganización general de los Estados sobre los que pasan y repasan las gentes de guerra y de saqueo, el pobre pueblo oprimido se yergue desesperado: no quiere oír la voz de sus jefes, sacerdotes o reyes, que se ligan con sus enemigos para mezclarse en el fango; se enardece ahora y habla directamente a su dios, a quien invoca, no como el protector de la patria, sino como representante de la justicia. Se ha cumplido una revolución moral; locos, iluminados, pastores, gentes indeclaradas y sin mandato se ponen a profetizar, es decir, a hablar en nombre de Dios, en lugar de Dios,—porque ese fué en un principio el sentido preciso de la palabra profeta,—sin preocuparse de las leyes ni de las costumbres; hablan cuando la inspiración les anima, sin respeto alguno a las autoridades constituídas. También ellos, veinticinco siglos antes que los socialistas, se hacen los propagandistas y oradores de esa eterna «cuestión social» que niegan los economistas ortodoxos. Por desgracia ignoran que los oprimidos no han de hallar libertadores fuera de sí mismos, y se dirigen hacia un dios: a lo menos lo que le piden es el ideal por excelencia, le piden la justicia.

Por el pronto, la idea religiosa fué también encaminada hacia la moral. A este respecto, el lenguaje de los profetas Amós, Miqueas e Isaías toma un carácter de admirable nobleza. Estos hombres tienen acentos cuya potencia de expresión es común a todos los que buscan y buscarán la verdad: forman parte del tesoro literario de la humanidad. Los profetas expresan su repugnancia por la forma religiosa, por los gestos y ceremonias, los sacrificios y las genuflexiones; todo el culto se resume para algunos de ellos en la pura y simple moral, en la práctica de la justicia y de la bondad¹. Sienten horror por la guerra y anuncian que vendrá un tiempo en que no habrá arqueros, ni caballos, ni carros armados,—es decir, en el lenguaje de nuestros días, ni infantería, ni caballería, ni artillería—; aspiran a aquella fraternidad universal a que nosotros aspiramos y cuyo espejismo huye ante nosotros hace dos mil años. No teniendo ya patria, porque su territorio está abierto a todas las invasiones, y que por otra parte sus cautivos y sus emigrantes van,

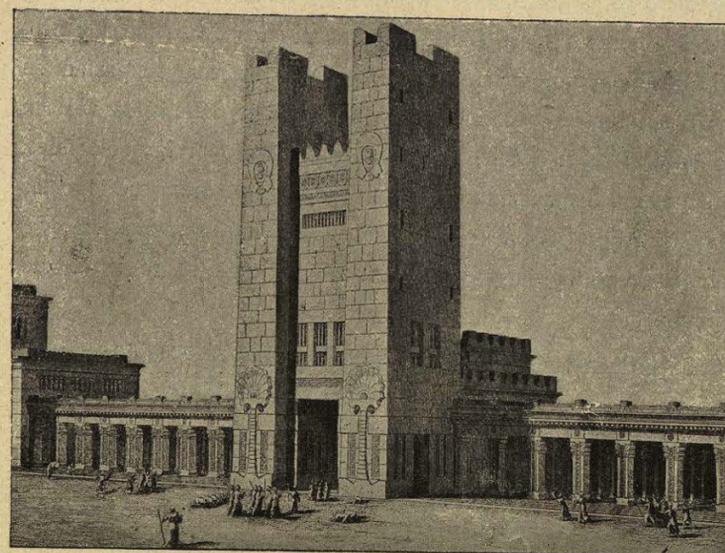
¹ Miqueas, cap. VI.

conducidos por los Fenicios, a poblar todas las partes del mundo conocido, abarcan ya por el pensamiento el conjunto del universo y prevén el día en que los hombres, venidos de las comarcas más lejanas, se reunirán alrededor del templo de Jerusalén para adorar el Dios de todos los hombres, no por fórmulas vacías de sentido, sino en verdad, es decir, en la perfecta conciencia de lo que es justo y bueno.

De ese modo, bajo la acción del tiempo, con sus evoluciones políticas y sociales, los que pensaban en Israel, pero que no obstante, no osaban romper la cadena que les retenía ligados a la personificación divina de su Creador, Conservador y Salvador, llegaron a la concepción de un solo Dios: había nacido el monoteísmo, y, naturalmente los que le habían dado vida no podían imaginarse que en todo tiempo y en todas partes había prevalecido la misma idea relativamente al mundo sobrenatural.

Yahveh, el dios geográfico de las Doce Tribus, se separó de todos los otros dioses locales y se confundió con El, el antiguo Elohim, el dios, o por mejor decir el conjunto de las divinidades que los pastores hebreos habían adorado durante su existencia de nómadas: el nombre de Yahveh-Sabaoth (Esebaoth), que prefieren los profetas, implica esta asociación colectiva de todas las fuerzas divinas en un solo ser soberano. Las antiguas leyendas y los documentos sagrados que se fijan en esta época de la historia judía son forzosamente diferentes de los períodos anteriores; representan una nueva forma del pensamiento. Así es como los escritores imparciales transportan en la comprensión del pasado todas sus impresiones modernas.

Pero ese monoteísmo, cuya concepción se había desarrollado claramente en los profetas judíos, distaba mucho de haber formado una sociedad a su imagen, organizada según los deseos de los innovadores. No habiendo aún la justicia y la moral fijado su punto de apoyo donde únicamente pueden hallarle de una manera definitiva, es decir, en el fuero interno del individuo, los profetas habían de trabajar con todas sus fuerzas en la creación de un Estado teocrático, que impusiese a todos la justicia y la verdad, porque el monoteísmo que profesaban y la certidumbre de conocer el solo



TEMPLO DE SALOMÓN, RECONSTITUÍDO

«Un templo pequeño para un pequeño pueblo» (Gobineau)

Dios, el Dueño absoluto, les infundían una perfecta intolerancia religiosa, una intolerancia de que fueron los primeros introductores en el mundo (Renau, von Ihering). Las 613 leyes del Talmud se sobrepusieron a las otras obligaciones que pesaban ya sobre el hombre del pueblo. «Los Judíos fueron los inventores de una sumisión envilecedora a esos dos monstruos ficticios: la Patria y la Ley: tantos hombres, otros tantos esclavos»¹.

No obstante, agolpábanse demasiados enemigos a su alrededor para que pudiesen conquistar el vicariato divino a que aspiraban: los milagros que pedían se hicieron esperar inútilmente de siglo en siglo; no quedaba, pues, a los hambrientos de justicia y de virtud más camino que seguir, que suicidarse de desesperación o resignarse. No pudiendo separar las iniquidades de este mundo, los que con sinceridad de corazón deseaban la justicia se pusieron al lado de los pobres voluntarios: aceptaron, como Job, vivir en un

¹ Gobineau, *Essais sur les Races*.

estercolero, o, a ejemplo de Lázaro, se sentaron a la puerta de los ricos, contentándose con comer las migajas de su mesa y prometiéndose ya una vida futura en que, a su vez, ocuparían su puesto en el eterno festín. Otros desgraciados benévolos volvían a la naturaleza, es decir, al desierto: erraban por las soledades, comían lo poco que podían encontrar, hierbas, cortezas, langostas y miel salvaje. Uno de esos errantes fué Juan Bautista, el que, según la leyenda, derramó el agua del Jordán sobre la cabeza de Jesús.

Unas influencias religiosas de muy lejano origen vinieron también a mezclarse a las que ejercían los pueblos limítrofes. Asirios, Egipcios, Fenicios, y que se habían desarrollado de una manera original en la población oprimida, elevando hacia su dios lamentos de desesperación. Así el dualismo persa, reproduciendo bajo una forma concreta el eterno conflicto humano entre el bien y el mal, se halla diseminado en la religión de los Judíos con los caracteres precisos que ostenta en las enseñanzas de Zoroastro. El libro de Job habla de un Satán que «se pasea sobre la tierra» para buscar en ella hombres que pervertir y luchar de potencia a potencia contra el otro dios, el del Bien; es un Ahriman disputando a un Ormuzd la posesión de las almas humanas. Puede dudarse también si las dos montañas de Ebal y de Garicim que dominan Sichem, la antigua capital de Israel, la Nablus de nuestros días, simbolizan dos potencias hostiles del bien y del mal. A plazos fijos, los sacerdotes y adivinos de la ciudad se dividían en dos bandas, para subir, unos a la montaña del Norte, Ebal, otros a la del Sud, Garicim, y desde abajo se oían las voces de los magos, que se cruzaban en el aire, de un lado para maldecir la ciudad, de otro para atraer las bendiciones de lo alto, haciéndolas descender en suave rocío sobre los habitantes. No hay duda que los invocadores de la bondad divina deben fingir el triunfo sobre los maldicientes; pero quizá continúe oprimiendo los espíritus cierto temor, y en el viento que susurra sobre los olivos no cesa de oírse el conflicto eterno entre el temor y la esperanza.

Pero al otro lado de las mesetas de la Ariana, otro Oriente tan lejano que apenas era conocido su nombre, la cuenca de los

«siete ríos» y el de la Ganga se habían convertido en focos de propaganda religiosa, cuya acción debió ejercerse por contacto individual hasta sobre las orillas del Mediterráneo. Puede admitirse como muy probable que no hubiese relaciones directas entre los santos budistas y los profetas del pequeño pueblo semítico, pero el «vehículo» que los regeneradores indus habían tomado por símbolo llevó rápidamente las ideas del Budha fuera de la India, y las poblaciones de las riberas mediterráneas oyeron ciertamente su eco. Y cuando la ciudad de Tiro fué tomada por Alejandro y la influencia helénica hubo adquirido la preeminencia en toda el Asia anterior, el mundo judío, penetrado ya de las concepciones religiosas del Oriente y del Egipto, se abrió igualmente a la filosofía de los sabios occidentales; se halló preparado para la obra de transformación de donde había de salir el cristianismo.

De ese modo la evolución moral de los Judíos había acabado por representar el conjunto del movimiento realizado ya en todas las comarcas circundantes; sin embargo, las consecuencias de ese estado de cosas guardarían su carácter local y no hubieran producido revolución en los destinos comunes de la humanidad, si el pequeño pueblo de Israel hubiera quedado encerrado en su estrecho dominio conquistado sobre los Cananeos. Pero mucho antes que la dispersión de los Judíos fuese mandada por los reyes de Asiria, ya se habían esparcido por individuos, por familias y hasta por enjambres considerables en todos los países ribereños del Mediterráneo. Gracias al comercio fenicio, vehículo del elemento judaico, éste se había insinuado en todos los países del mundo pertenecientes a la civilización occidental. Como las otras naciones de la Siria, los Judíos habían entrado por multitudes en la clientela de los ricos negociantes fenicios, y de generación en generación, gran parte de esos clientes siguieron a los aventureros mercaderes a las factorías extranjeras; unos voluntariamente, otros habían «emigrado» como esclavos y cautivos a los lejanos países, y habían constituido por todas partes pequeñas comunidades israelitas, que, en los períodos decisivos, debían recibir de rechazo el golpe de los acontecimientos sobrevenidos en la madre patria. Las palabras pronunciadas en Judea repercutieron en largos ecos en las mil Judeas secundarias que le servían como